

El cuerpo-sujeto

Un reto para la educación física

Fernando Aybar Soltero

RESUMEN

Este ensayo aborda la construcción sociocultural del cuerpo. Se analiza el significado del cuerpo moderno y su relación con una estructura social individualista, privatizada y consumista. Se afirman las relaciones existentes de cuerpo-explotación, cuerpo-proyecto, cuerpo-mecánico y cuerpo-mercancía que se ejerce desde la actividad física elegida por el individuo hasta la que se presenta en las prácticas educativas formales. Proponemos un cuerpo-sujeto que pueda ser incorporado desde la escuela a través de la educación física, como un todo coherente, un ser total.

Descriptores: cuerpo humano, construcción socio-cultural, educación física

ABSTRACT

This essay addresses the socio-cultural construction of the human body. The meaning of the modern human body is analyzed through its relation with an individualistic, private, and consumerist social structure. It recognizes the existing relationships between body-exploitation, body-project, body-machine and body-commodity that are expressed through the physical activities people choose, as well as the formal educational practices. Instead, a body-self is proposed, which could be incorporated in schools as a coherent and full being by means of physical education.

Keywords: Human body, socio-cultural construction, physical education

A través de la historia, el cuerpo humano ha trascendido de la simple consideración biológica para constituirse en una entidad cultural con diversos significados y valorizaciones. Por lo tanto, la definición de *cuerpo* ha adquirido distintas realidades y percepciones, según la cultura y el momento histórico donde se ubique. El antropólogo y sociólogo francés Marcel Mauss (1991) propone que la cultura es

quien da forma al cuerpo a través de lo que designa como “técnicas del cuerpo”. Según éste, dichas técnicas son un vehículo importante para el proceso de socialización, en el cual el individuo vive y conoce la cultura a través de su cuerpo. Este análisis que le lleva a concluir que una técnica corporal es un modo estructurado y sistemático de manejar el cuerpo de acuerdo con determinados fines (y siempre cumpliendo las condiciones de “eficacia” y “transmisibilidad”), cuya génesis y estructuración varía de una sociedad a otra. En este mismo particular, Mary Douglas (1999) considera el cuerpo como un sistema dentro de las culturas, donde se representan y se emplean los conceptos de orden y desorden. Douglas reconoce el cuerpo como un objeto natural, pero que, a su vez, recibe su significado a través de las fuerzas sociales. Es decir, las características fisiológicas del cuerpo se convierten en símbolos que, por medio de la cultura, se les impone un significado. El contexto, con todas sus variables sociales, se impone en el cuerpo, acuñando en éste las manifestaciones que sirvan de representación del propio contexto. Considerando estos planteamientos, el significado que se le atribuya al cuerpo en determinado contexto o momento histórico deberá ser coherente con una reflexión social que lo calificará en virtud de unos determinados valores considerados, muchas veces, como fundamentales, universales, naturales y con categorías en ocasiones divinas y moralistas.

A tal efecto, hemos conocido el cuerpo templo, el cuerpo pecado, el cuerpo contemplación, el cuerpo moral, el cuerpo enemigo, el cuerpo máquina, el cuerpo juego, el cuerpo estético, entre otros. Por ejemplo, en la Grecia clásica, se ubicaba en el cuerpo desnudo un ideal ético-estético como rasgo de superioridad y distintivo a los demás pueblos. En Oriente, la dignidad humana residía en el cuerpo cubierto, siendo la desnudez un rasgo de la esclavitud, la demencia y la prostitución, entre otros. Durante la Edad Media, a partir del triunfo del cristianismo, el cuerpo era ignorado por ser portador del pecado, como una cadena que debe romperse y desecharse para la liberación y salvación del alma. Más adelante, el Renacimiento rescata la visión griega del cuerpo bello en sí mismo, el cual debía admirarse, apartándose del significado cristiano, donde el cuerpo quedaba reducido a simple materia y templo del alma. Así, puede verse presentado en el arte de la época, que elige el desnudo para su arte antropomórfico, mientras el cristianismo utiliza la hoja de parra y los velos para mantener el pudor y la moral de sus representaciones. Finalmente, ambas concepciones coexisten para constituir el cuerpo que fundamenta la cultura europea.

En la secularización del cuerpo que trae el Renacimiento, se generan nuevos estándares de refinamiento en lo que respecta a definir sus funciones instintivas y naturales. Algunos autores señalan que estas nuevas formas de civilidad traen una privatización del cuerpo, en la que los individuos comienzan a distanciarse de las funciones naturales del mismo (Shilling, 1993). Más adelante bajo el desarrollo de la burguesía, en Occidente se adopta una nueva concepción social, que, a través del mismo, se identifican como opuestas dos nociones: la riqueza, asociada a la decencia, la belleza, las destrezas físicas y el desarrollo moral, y la pobreza, que se asocia con la desvalorización del individuo ante la falta de atributos y características físicas y materiales.

Tal asociación, en la mayoría de los casos, no ocurre de forma directa, sino que es relacionada equivocadamente con la salud mayormente física, pero incluye también la emocional. Como ejemplo reciente, tenemos la estigmatización de aquéllos diagnosticados HIV positivos, para los cuales las instituciones sociales pusieron serias dudas sobre la decencia y, por ende, la moralidad de los afectados. En este caso, el cuerpo enfermo representa a la persona psicológicamente desajustada. Otro ejemplo no menos importante es la carga negativa que la sociedad actual les atribuye a las personas obesas, juzgadas, en la mayoría de las ocasiones, como individuos vagos, con poco autocontrol, incapaces de asumir su vida con responsabilidad. De tal forma, tenemos un cuerpo desde el cual se tiende a interpretar únicamente el valor social del individuo dejando fuera el proclamado establecimiento de salud y su relación con la naturaleza.

Dentro de esta concepción dual del valor del cuerpo, el ejemplo quizás más significativo a través de la historia y de las culturas ha sido la utilización y valoración del cuerpo de las mujeres de forma distinta al cuerpo de los hombres. De hecho, la concepción de lo femenino o lo masculino no aparece marcada en el cuerpo, sino que es construida socialmente. El cuerpo femenino, por lo general, se ha presentado como más frágil y menos instrumental que el masculino, atribuyéndole significados asociados con la sumisión como virtud. Situación que aún prevalece aunque con distintos significados, pero con igual valoración de cuerpo-objeto, cuerpo-mercancía, cuerpo deseo. El cuerpo ha sido —y es todavía— el punto de partida por excelencia desde donde se limita y reprime a la mujer en toda actividad social en relación con el hombre.

En este particular, el deporte organizado juega un papel constructor de aquellas conceptualizaciones del cuerpo como “femeninas” o

“masculinas”. Aunque existe una proclamada igualdad de condiciones por sexo en el acceso a participar de estas actividades deportivas, las mismas están condicionadas por patrones culturales que establecen lo que debe ser adecuado para una hembra o un varón (Aybar, 2005). Por ello, en las sociedades contemporáneas aparenta existir reivindicaciones sobre las formas en que se somete a la mujer desde su cuerpo. Sin embargo, la ideología individualista y consumista, característica de estas sociedades, continúa sostenida dentro de la dominación patriarcal. Ejemplo de este particular en Puerto Rico es el mercadeo efectivo que tuvo el volibol femenino a través de la hipersexualización del cuerpo de las jugadoras y la presentación de una apariencia femenina aceptable. Sin duda alguna, la conciencia corporal se mantiene sometiendo más a las mujeres que a los hombres, sin que esto quiera decir que los hombres estén enajenados o exentos de la influencia social que se ejerce sobre el cuerpo moderno.

El cuerpo moderno

Según David Le Breton (2002), el cuerpo, en la modernidad, sugiere la ruptura del individuo con los otros, con la naturaleza y consigo mismo. En otras palabras, ante esta conceptualización, el sujeto tiene que acogerse a una estructura social individualista, donde los elementos básicos que componen su cuerpo se alejan de todo sistema natural y se convierte en un objeto más que se posee:

Las concepciones del cuerpo son tributarias de la concepciones de la persona. Así muchas sociedades no distinguen entre el hombre y el cuerpo como lo hace el mundo dualista al que está acostumbrado la sociedad occidental. En las sociedades tradicionales el cuerpo no se distingue de la persona. Las materias primas que componen el espesor del hombre son las mismas que le dan consistencia al cosmos, la naturaleza. Entre el hombre, el mundo y los otros, se teje un mismo paño, con motivos y colores diferentes que no modifican en nada la trama común.

El cuerpo moderno pertenece a un orden diferente. Implica la ruptura del sujeto con los otros (una estructura social de tipo individualista), con el cosmos (las materias primas que componen el cuerpo no encuentran ninguna correspondencia en otra parte), consigo mismo (poseer un cuerpo mas que ser un cuerpo). El cuerpo occidental es el lugar de la censura, el recinto objetivo de la soberanía del ego. Es la parte indivisible del sujeto, el factor de individuación, en colectividades en las que la división social es la regla.

En una sociedad donde la cirugía cosmética puede alterar casi cualquier característica del cuerpo, el mismo ya no puede verse como parte íntegra del sujeto, sino más bien como algo que se puede cambiar. La construcción del cuerpo en el siglo XXI está dominada por el cuerpo bello y el cuerpo mecánicamente habilidoso. Esta concepción ha sido reforzada por la medicina, en una construcción científica del cuerpo mecanizado y material. En este particular, el cuerpo, no solamente será biológico, sino que será tecnológico, pudiendo ser reemplazado por implantes artificiales de características superiores a las humanas. Actualmente, la cirugía cosmética le permite a aquel individuo cuyos recursos económicos se lo permitan, alterar a su deseo casi cualquier parte o sección del cuerpo.

Con la glorificación de la cultura consumista, el cuerpo se transforma en mercancía y se convierte en el medio principal de producción y representación de la sociedad de consumo, por lo que su mantenimiento, reproducción y representación pasan a ser objetivos primordiales del sujeto. Tales transformaciones, en la forma en que conceptualizamos nuestro cuerpo, apuntan a que el mismo puede ser diseñado y escogido, según la capacidad económica de su dueño. Lo que, en la sociedad contemporánea, acarrea el reconocimiento del significado del cuerpo, tanto como recurso personal, como símbolo social que proyecta y comunica quienes somos, incluyendo nuestra capacidad económica. Por lo tanto, poder construir alguna característica o habilidad de nuestro cuerpo es describir quiénes somos o queremos proyectar, de tal forma que ejercer control sobre cierto tipo de cuerpo o cuerpos se convierte en una forma de regular y privilegiar unas construcciones sociales y entendimientos sobre otros. Este proceso formativo refleja, claramente, cómo el cuerpo construido socialmente tiene gran influencia en la forma en que se define al individuo en la sociedad contemporánea. Tal como nos señala Shilling (1993):

...es en los territorios exteriores, o la superficie del cuerpo donde se simboliza el Yo en tiempos donde un valor sin precedente se le atribuye al cuerpo joven, acicalado y sensual. En Occidente existe la tendencia a ver el cuerpo como una entidad en proceso de realización; un proyecto que debe ser trabajado y logrado como parte de la identidad del individuo.

En definitiva, la idealización del cuerpo como proyecto supone considerar la salud y la apariencia como una entidad separada de nosotros, capaz de ser transformada solamente con el esfuerzo personal,

restándole importancia a los factores sociales, económicos y culturales. El obsesivo culto al cuerpo escondido bajo la supuesta búsqueda de mejorar la salud y la calidad de vida se convierten, dentro de la sociedad de consumo, en otra forma de transformar nuestras necesidades colectivas en necesidades individuales. Estas necesidades individuales “fundamentales” se limitan a definir quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser mediante la transformación de nuestro físico; en otras palabras, la autorrealización a través del físico. La decisión de cómo transformamos ese cuerpo, de tal forma que exprese cuanto valemos, se da dentro una cultura, que responde a ideologías políticas definidas e intereses económicos.

Esta creciente individualización y privatización del cuerpo en la sociedad moderna tiende a dejar al individuo sólo con su cuerpo, acentuando más el individualismo y la falta de compromiso ante identidades colectivas, sus necesidades y objetivos. Por otro lado, los sujetos tratarán individualmente de aumentar su valor social mediante la transformación del cuerpo, dedicándole gran parte de su tiempo, recursos y esfuerzo hacia una proyección adecuada. Esta situación es fácilmente identificable en la gran cantidad de productos disponibles en el mercado y que son consumidos diariamente de manera incontrolable, como las dietas, los gimnasios, el material didáctico y los suplementos alimenticios, productos que, en su mayoría, se asocian con la ruta hacia el éxito y el bienestar personal para ayudar al individuo a lograr cambios físicos rápidos y satisfacer la búsqueda de un cuerpo específico que le sirva al sujeto en determinado momento. De forma paralela, se establece un desentendimiento de aquellos asuntos colectivos que afectan a los cuerpos-sujetos, pero que no prometen soluciones inmediatas.

Bajo la sociedad capitalista, el mantenimiento del cuerpo interno y su posterior mejoramiento estará íntimamente ligado a la apariencia de su exterior. La desmedida importancia puesta en la apariencia estimula al individuo a buscar alternativas y estrategias instrumentales para combatir la vejez y el deterioro natural del mismo. Esta ideología individualista lleva a los sujetos a conceptualizar, de manera universal, la forma del cuerpo, la aptitud física, la salud y las destrezas alejados de una concepción que incluya el bien común. De tal forma, surge la idea generalizada de que todos los individuos tienen la misma oportunidad de alcanzar estas concepciones “universales” con el sólo hecho de poner su esfuerzo en ello, sin considerar los factores sociales, económicos y culturales que impiden a determinado grupo o individuo adoptar acciones dirigidas hacia este propósito. De hecho, lo que

podemos notar es cómo, cada vez más, el Estado y los grandes intereses descargan unilateralmente en el individuo la responsabilidad sobre la salud y el bienestar a través de una concertada ilusión sobre el control que tiene cada sujeto hacia la transformación de su propio cuerpo. El planteamiento teórico detrás de este tipo de enfoque es que la salud general del pueblo mejoraría si se erradican aquellas enfermedades asociadas con ciertos estilos de vida. A su vez, la búsqueda de estilos de vida saludables plantea que nuestros cuerpos no están diseñados correctamente y que debemos transformarlos y hasta cambiarlos, si es posible, para poder optar por un estado de gracia. Sin embargo, habría que preguntarnos: ¿cuáles son los estilos de vida considerados como buenos o malos? ¿Qué información se nos ofrece al respecto? ¿Quiénes los promueven?

Esta autorregulación sugerida en relación con la salud y su manifestación corporal viene acompañada de un aumento en el rechazo, la hostilidad e indignación moral sobre aquéllos que no proyecten el modelo de cuerpo aceptado. Como parte de este proceso, los individuos que no cumplen con estos nuevos estándares de autoregulación corporal podrán sentir altos niveles de ansiedad y culpa por su supuesta incapacidad de cambio. Es nuestra contención que la mayoría de las personas, de una forma u otra, experimentará estos síntomas en algún momento de su ciclo de vida al reconocer que no poseen el cuerpo o la salud perfecta. El paradigma detrás de esta aseveración reside en que quienes no se proyectan corporalmente adecuados es porque no se lo han propuesto lo suficiente o sufren de alguna enfermedad física o mental. Paradójicamente, la búsqueda del cuerpo perfecto ha sido cada vez más asociada a problemas alimentarios, como la bulimia y la anorexia. Otras manifestaciones recientes de la relación cuerpo perfecto y enfermedad son la vigorexia y las adicciones al ejercicio. Estas condiciones son causadas por una distorsión de la imagen corporal.

En la sociedad contemporánea, podemos encontrar una comunión entre estilos de vida, individualismo, culpabilizar a la víctima, las políticas de diversión y calidad de vida. En combinación, todos estos factores actúan en conjunto para desviar la atención sobre las estructuras sociales responsables de limitar el poder individual y de crear opciones disponibles relacionadas a la manera en que se percibe, se maneja y se transforman nuestros cuerpos por los demás y por nosotros mismos. En este particular estriba la ironía del por qué no nos organizamos y preocupamos lo suficiente por los problemas ambientales, comunitarios y laborales que atentan contra la salud, incluyendo el

cuerpo de todos. Preferimos escudarnos en nuestra individualidad y la vigilancia metódica de todas nuestras prácticas hacia el propio cuerpo. La amenaza a la participación social ante una ideología individualista y de consumo tenderá a ser más fuerte en aquellas sociedades cuya organización política plantee una clara falta de poderes y proyecto nacional tangible para los individuos, como el caso de Puerto Rico. Héctor Meléndez describe las posibilidades de acción que encuentra el individuo bajo la relación entre lo público y lo privado en Puerto Rico. Según el autor, la tendencia es:

...[s]e idealiza lo privado y lo personal, como si fuesen separables de lo histórico y lo social.

Si para la persona moderna la nación-Estado constituye un espacio central, hacia el cual proyecta el desarrollo de su vida individual y desde el cual aborda el mundo y la historia, la ausencia de dicho Estado nacional en Puerto Rico representa, desde el punto de vista psico-social, problemas más complejos de lo que a simple vista parece.

Abstenerse de pensar y actuar en la sociedad y la política, como por fuerza debe hacer la gente e los estados nacionales en general, implica que en buena medida se reduce el desarrollo personal, conformándose al status quo del interés limitado y el propio ego. No se forma proyecto social alguno; la vida se reduce al empirismo, a una cierta entropía y al goce efímero del consumo...

Definitivamente, utilizar el cuerpo con su justificación salubrista y representación de bienestar personal como una manifestación de libertad y crecimiento a nivel individual se constituye en una estrategia de control y orientación hacia el consumo a nivel político-económico. No podemos negar que sectores de nuestra sociedad han podido identificar la trampa de este narcisismo competitivo, pudiendo sostener otras propuestas colectivas en lo que respecta a la salud y el cuerpo. Sin embargo, aquellos individuos que concientemente rechacen la valoración social impuesta por la apariencia del cuerpo no quedan automáticamente exentos de ser categorizados corporalmente. En este caso, las prácticas o actividades físicas escogidas por el sujeto serán parte del escrutinio social que lo colocará en determinado grupo o categoría.

El cuerpo en la actividad física

Distintos grupos y clases sociales desarrollarán formas diferenciadas de cómo manifestarse a través del cuerpo, lo que implica que ciertas prácticas, como juegos, deportes y actividades físicas, estarán asociadas con

determinada categoría social. Podemos observar cómo la adecuación de una práctica sobre otra estará precedida por criterios establecidos en la política pública y los intereses económicos, según la categoría social donde se le quiere enmarcar. De tal forma, nuevamente el individuo se enfrenta solo a la elección e incorporación de actividades en su diario vivir que aumenten su valor social por sobre los demás. Queda en juego, pues, la supuesta libertad de elección que posee el individuo para alcanzar los “estilos de vida deseados”. Dentro de la diversidad de actividades físicas se desarrollan y moldean, en funcionalidad y apariencia, diferentes tipos de cuerpos. Aquellas actividades que no fomenten el cuerpo ideal según establecido socialmente serán devaluadas y señaladas como no apropiadas para determinado grupo o clase.

Ciertamente la actividad física viene acompañada de las necesidades creadas hacia distintos productos que sirven para validar la calidad en el desempeño. Por ejemplo, el uso de la bicicleta como vehículo para la transporación recibe una valorización menor al que la utiliza para pedalear los domingos por su clara asociación con las diferencias entre clases sociales. Se trata de un ejemplo de cómo una misma actividad física divide los sujetos entre el que tiene y el que no tiene. Sin embargo, el solo hecho de pedalear los domingos no es suficiente como para aumentar tu valor social; la ropa y el equipo que acompaña la actividad pasa a ser más importante a la hora de adjudicarles valor a la actividad y al individuo. La misma situación ocurre con los gimnasios, clases de yoga, aeróbicos y otras actividades asociadas con los individuos que tienen el tiempo, el dinero y “un nivel de conciencia apropiada sobre las necesidades del cuerpo”. Nuevamente, el acceso a estos centros y la presentación de una imagen adecuada son la medida que utiliza la sociedad individualista y de consumo sobre el valor que tiene la actividad y la persona que lo lleva a cabo.

La constitución corporal y la apariencia del cuerpo son características que establecen de antemano tu pertenencia a determinada práctica física. Como planteamos anteriormente, la apariencia del cuerpo está fundamentada en definiciones previas de proporciones y formas adecuadas donde se representan los símbolos sociales de salud, éxito y capacidad económica. Tal y como un auto de lujo o una casa en una urbanización de alto costo pueden simbolizar el valor del individuo en la sociedad, así lo hará un cuerpo que cumpla con los estándares y normas establecidos por las ciencias. Consecuentemente, el individuo ha de invertir tiempo o dinero en mantener el recurso que le brinda su estatus social, lo que implica la creación de una nueva necesidad de

servicio. Puede ser ésta el jardinero contratado en un hogar, el servicio de lavado de auto o el entrenador personal según sea el objeto de consumo que se escoja para proyectarnos socialmente. El problema fundamental que presenta la ideología del individualismo es que se basa en que cada individuo es responsable de sus propias acciones y circunstancias. En otras palabras, esta ideología sostiene que el individuo debe ser interpretado, no como un ente social, sino como el único encargado de su bienestar dentro de una sociedad llena de desigualdades, situación que se agrava cuando esta sociedad culpa al individuo por no poder satisfacer sus necesidades o aquellas creadas por la misma que lo margina. Bajo este sistema, el cuerpo se convierte en una mercancía más para ser vendida o consumida. En ella, se puede invertir para aumentar su valor de cambio, por lo que pierde su significado en el sentido estricto de lo humano (cuerpo-sujeto). Transmutando al individuo en un objeto más que puede ser ignorado, desechado y desvanecido como cualquier otro.

Ana Martínez Barreiro (2004), en su ensayo *La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas*, considera que la lógica social del consumo es una de “consumo de signos”. Plantea que, el cuerpo aparece dentro del abanico de los objetos de consumo; bajo el signo de la liberación sexual, el cuerpo comienza a ser objeto de numerosas inversiones narcisistas, físicas y eróticas, proceso que tiene, como efecto, la sustitución del alma por el cuerpo como objeto de salvación. Según Baudrillard (1974), en su análisis sobre las sociedades de consumo, las estructuras actuales de producción y consumo proporcionan al individuo una doble representación de su cuerpo; como una forma de capital y fetiche al mismo tiempo, es decir, el cuerpo moderno se exhibe como una forma de inversión y signo social a la vez. En la actualidad, las estructuras económicas y sociales presentan una sobrevalorización del cuerpo en detrimento de otras cualidades de lo humano, respondiendo a una jerarquización de lo corporal, y sobre todo, de su imagen. Nos señala Le Breton (2002) que esta lógica se manifiesta por el poco acceso que tiene el individuo a las estructuras económicas y sociales como para poder controlar su porvenir y existencia, por lo que descarga esta imposibilidad en la capacidad para controlar su propio cuerpo.

El cuerpo en la educación física

En las prácticas educativas encontramos, con demasiada regularidad, el problema que plantea esta alianza entre el saber y el poder. En lo que

respecta al cuerpo, es la educación física la disciplina en la que principalmente se enseñan algunos de los diversos significados e imágenes del cuerpo. Podemos argumentar que los que prevalecen dentro de esta disciplina de estudio son aquéllas que están ligadas o asociadas con el poder. Estos significados son los que se producen en la cultura de consumo al igual que aquellos conocimientos constituidos y validados por las ciencias de la salud y los intereses económicos que le apoyan. Se produce, entonces, dentro de la educación física una determinada manera de entender lo corporal que, por su base de consumo y cientificista, limita, en muchas maneras, las posibilidades de explorar sentidos, moverse con creatividad, interactuar y analizar nuestra vivencia sociocultural desde el cuerpo. Es decir, sólo se experimenta el cuerpo desde su carácter utilitarista e instrumental, siendo éstos los factores tangibles de la motricidad quedando fuera el cuerpo-sujeto.

La educación física, en la mayoría de los casos, reproduce, a través de sus prácticas, la estética del espectáculo para el consumo, controlando el cuerpo y quitándole todo poder crítico y expresivo que pueda brindar coherencia al sujeto consigo mismo y con su naturaleza. Ante esta situación, se nos plantea, por un lado, la decisión de seguir reproduciendo los valores de la sociedad de consumo a través del cuerpo proyecto o, por lo contrario, proponernos enfrentar esa hegemonía con alternativas válidas y liberadoras en relación al lugar del cuerpo-sujeto en la cultura a través de la educación física.

Para la mayoría de las escuelas en Puerto Rico, la educación física será la disciplina académica donde mayor impacto se tenga sobre las concepciones que desarrolla el estudiante sobre su cuerpo. La ideología del dualismo deja tales concepciones marginadas al contenido estrictamente mecanicista y utilitarista relacionado al cuerpo y el movimiento, por lo que, en la mayoría de las ocasiones, la aplicación de conceptos de aptitud física y el desarrollo de capacidades motrices predeterminadas hacen que el currículo de educación física sea muy limitado en lo que respecta al fundamento histórico, sociocultural, político e ideológico que corresponde al cuerpo-sujeto y su manifestación a través del movimiento. En consecuencia, la educación física de nuestras escuelas sirve, en la mayoría de los casos, como un aparato ideológico para el consumo en lo que respecta a la relación estudiante-cuerpo. Sus manifestaciones más significativas las encontramos en la reproducción de un modelo de apariencia física idealizada como el que genera la idolatría a deportistas, modelos y artistas. Estos íconos de las sociedades modernas son símbolos del éxito y la felicidad, en que uno

de los atributos más destacados que les describe es la adquisición de un cuerpo ideal. Esta concepción manifiesta la actual relación cuerpo-proyecto que promueve y limita a la educación física.

Por otra parte, ante los cambios tecnológicos y la racionalización del trabajo, no existe relación directa entre el cuerpo y los procesos de producción, por lo que la manifestación del cuerpo en movimiento sólo adquiere carácter de importancia en la competencia organizada dentro de la educación física. Teóricamente y según las nuevas concepciones de la educación, la búsqueda de la autonomía es una de las finalidades de la escuela, que tiene como objetivo permitir al futuro adulto la creación de un papel social protagónico. Sin embargo, hemos señalado una educación física que despoja a sus estudiantes de todo poder crítico y capacidad creativa en lo que respecta al cuerpo construido socialmente. Es aquí donde comienza una vigilancia del cuerpo, que lejos de ser vehículo para el desarrollo holístico, se convierte en agente esclavizante. Como alternativa, se nos plantea un enfoque curricular distinto, como el que sugiere Pérez-Samaniego (2000) que incluye, dentro de la educación física, la preocupación por la autonomía, la responsabilidad o la comprensión de las fuerzas socioeconómicas y culturales en la construcción de las ideas del cuerpo y la experiencia motriz que enfrenta el estudiante. El cuerpo en movimiento no puede ser considerado como una forma en sí, cuya naturaleza sea explicada por una descripción mecánica o técnica, sino como un aspecto de la conducta de un ser humano, cuerpo-sujeto en situación. Esta concepción del cuerpo en la educación física, lejos de ser una propuesta hacia una educación intelectualista, plantea al individuo como un ser total y no como un cuerpo a transformar. El cuerpo ha de ser explicado como construcción sociohistórica y enriquecernos con su valor cultural en lugar de someternos en su transformación e infinita vigilancia.

Conclusión

La aculturación del cuerpo es un proceso que ha persistido con nosotros. La cultura, tal y como hemos planteado, reprimirá en alguna de sus manifestaciones para integrar el cuerpo dentro de sí como un todo coherente, simbólico, ideológico y, por ende, social. Sin embargo, sean cuales fueren las razones, sociales, morales o instrumentales para fundamentar tal apropiación del valor y significado del cuerpo, las mismas han podido ser cuestionadas y cambiadas por nuevas concepciones. La manera en que se ha construido socialmente el cuerpo como objeto de consumo, reflejo de un proyecto individualizado que se puede

transformar y, por ende, símbolo del valor intrínseco del sujeto que adquiere con la concepción de la propiedad privada y la ideología individualista ha sido, sin duda alguna, instrumental para el desarrollo del capitalismo.

Por otro lado, la ciencia y, tras ella, el poder dominan el discurso académico sobre la salud y la imagen, que, a la vez, racionaliza y sistematiza el cuerpo contemporáneo en los años formativos, entiéndase “educación física”. Pese a que, aparentemente, no se dude del hecho cultural que debe atribuírsele a la educación física, la realidad nos demuestra cómo amplios sectores sociales continúan instalados en la dicotomía que concibe la actividad física —y, por ende, el cuerpo— como materias ajenas de toda influencia social. En esta medida, la educación física se convierte en aparato ideológico del consumo, en el cual se sitúa al individuo aislado con su cuerpo y su representación, incapaz de considerar al cuerpo como un proyecto multidimensional, cuerpo-sujeto. De tal forma, queda este cuerpo relegado al plano de una simple posesión que, en la mayoría de los casos, será para el sujeto la responsable de su asegurada desventura.

De todas formas, movernos en el entendimiento de la dimensión social del cuerpo y la actividad física es sumamente necesario, no solamente en el contexto educativo, sino en todo aquello que nos reúne como sociedad. Para el sujeto social, el cuerpo ha sido y será una fuente de inagotables desafíos, en la que no se debe confundir la autorealización con la eliminación del otro y mucho menos excluir de la manifestación del cuerpo el bien común.

REFERENCIAS

- Aybar Soltero, F. (2005). “El deporte organizado como contexto social constructor y reproductor de una masculinidad limitante”. *Revista Pedagogía* 38(1), 205-217.
- Baudrillard, J. (1974). *La sociedad de consumo*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Berger, P. y Luckman, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Coakley, J. (2003). *Sport in Society: Issues and Controversies (8th edition)*. St. Louis: Times mirror/Mosby College Publication.
- Douglas, M. (1999). Do Dogs Laugh en *Implicit meanings: Essays in Anthropology (2da edición)*. Londres: Routledge.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Le Boulch, J. (2001). *El cuerpo en la escuela del siglo XXI*. Barcelona: INDE Publicaciones.
- Gauss, M. (1991). Técnicas y Movimientos Corporales en *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Martínez, A. (2004). *La construcción social del cuerpo*. Papers No. 73, Universidad de la Coruña: España.
- Meléndez, H. (2005) *Mercado de culpas ¿Sustituye el mercado al patriarcado?* San Juan: Ediciones Mágicas.
- Perez, V. (2000). *Actividad física, salud y actitudes. Propuesta y evaluación de un programa dirigido a la formación de maestros especialistas en Educación Física*. Valencia: Ediciones Edetania.
- Perinola, M. (1991). Entre vestido y desnudo en *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Madrid: Ediciones Taurus.
- Ross, C. Overweight and Depression en *Journal of Health and Social Behavior*, 35(1), 63-79.
- Sabo, D. & Messner, M. (2001). Whose body is this? Women's Sports and Sexual Politics en *Women in sport; issues and controversies*. Reston, Virginia: NAGWS Publications.
- Shilling, C. (1993). *The body and social theory*. Londres: Sage.
- Synnot, A. (1992). "Tomb, Temple, Machine and Self: The social construction of the body", *British Journal of Sociology* 43(1), 79-110.
- Synnot, A. (1993). *The social body: Symbolism, self and society*. Londres: Routledge.
- Tinning, R. (1990). *Ideology and physical education: Opening Pandora's box*. Victoria, Australia: Deakin University.

Este artículo se recibió en la Redacción de Pedagogía en enero de 2008 y se aceptó para su publicación en marzo del mismo año.